

CANTO I.

Dedicatoria. — Batalla del Pirineo. — Fuga de Angélica; su encuentro con Ferragut y con Reinaldo de Montalban. — Combate de estos guerreros. — Quejas de Sacripante. — Queda este rey vencido por una doncella. — Sobreviene Reinaldo. — Descripción de las dos fuentes dichas del Odio y del Amor.

Armas, amores, damas, caballeros,
Galanterías y proezas canto,
Del siglo triste en que africanos fieros
Sembraron en las Galias el espanto.
Agramante su rey los conducía,
Que, lleno de coraje y bizarría,
En Carlomagno, emperador romano,
Juró vengar la muerte de Troyano.
También mas de una cosa
De que nunca habló nadie en verso ó prosa,
Diré de Orlando, á quien privó de seso
De su pasión frenética el exceso.
Dirélo, si, con tal que no me estorbe
De cumplir mi propósito la hermosa
Que mi alma ofusca y mi razón absorbe.
De Hércules digno hijo,
De nuestro siglo ornato,
Oh Hipólito, aceptad, aceptad grato,
El humilde homenaje que os dirijo.
Solo con versos á pagar me atrevo,
Príncipe, lo que os debo;
El don, por ser pequeño, no os ofenda,
Cuanto puedo dar doy; tal es mi ofrenda.
Veréis entre los inclitos varones,
Que á citar con elogio me preparo,
A Roger, tronco ilustre, origen claro
De vuestra noble estirpe. Sus blasones
Y sus timbres oiréis si, entre afán tanto,
Puede hasta vos llegar mi humilde canto.

De su Angélica Orlando enamorado,
 La India y la Media recorrido habia,
 Y allí y en la Tartaria levantado,
 En su honra y prez, trofeos de valía.
 Con ella luego vino hacia el Oeste,
 Y del Pirene vió la cumbre cana
 En ocasion en que, con grande hueste
 Francesa y alemana,
 Acampado á su pié Cárlos estaba.

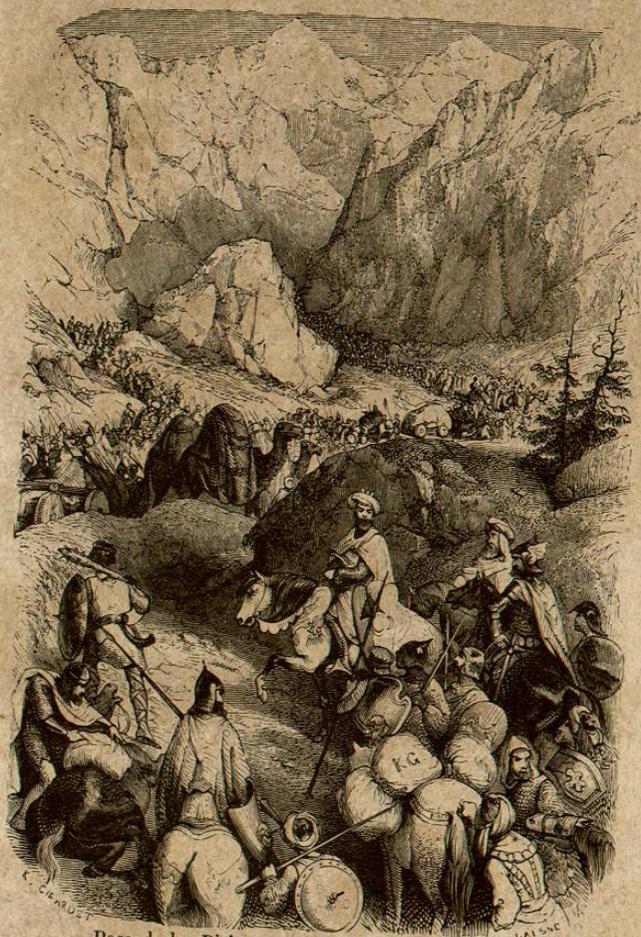
Castigar intentaba
 A Agramante y Marsilio,
 Que, de españoles y árabes formando
 Terribles levas, con feroz jaetancia
 Anunciaban la ruina de la Francia.

De su espada el auxilio
 Ufano Orlando por prestar venia.
 ¡Infeliz! no pensaba que, en llegando,
 Su llegada fatal lamentaria.
 ¡Oh juicio de los hombres, cómo fallás!
 En su propio pais, por triste acaso,
 El héroe pierde á la que, en mil batallas,
 Del Oriente llevó salva al Ocaso.

Suscitase muy luego una querella
 Entre Oriando y Reinaldo su pariente,
 Cuyos pechos inflama en fuego ardiente
 Igual amor por la gentil doncella.

De tal rivalidad previendo males,
 La aleja el cauto rey de sus reales,
 Encomiéndala al duque de Baviera,
 Y que ha de darla en premio reconoce
 Al que, en la lid primera,
 Mayor copia destroce
 De defensores de la media luna.

Mas contraria mostróse la fortuna;
 Que derrotados los de Cristo fueron
 En la fatal contienda,
 Y en poder del alárabe cayeron
 Con el duque, sus gentes y su tienda.



Paso de los Pirineos por los Moros. (T. I, p. 2.)

Poco ántes, del desastre recelosa,
De allí salió, sobre un corcel pujante,
Del vencedor la prometida esposa.
Por un bosque adelante
Entróse acaso, y, en angosta via,
Un guerrero encontró que á pié venia.
Armado de coraza, yelmo, espada
Y de robusto escudo,
Se le via correr por la quebrada,
Cual, tras sayo galan, corre un desnudo.
No huye mas presto de voraz serpiente
Zagaleja inocente
Que la brida, á la vista del guerrero,
Tuerce la dama á su corcel lijero.
Hijo de Amon, en Montalban nacido,
Era este jóven, paladin gallardo,
Que, por acaso singular, perdido,
Ha poco, habia su corcel Bayardo.
Apénas vió á la dama, aunque de léjos,
Deslumbrado quedó con sus reflejos
Y prendido en la red de su hermosura.
Ella por la espesura,
Sin senda fija, huye temblando. Sueltas
Las riendas por su crin, libre albedrío
Dejan al palafren, que, tras mil vueltas,
Con la fatiga domeñado el brio,
Va á pararse á las márgenes de un rio.
Empolvado, sediento y pesaroso
Del campo de batalla allí llegara
El moro Ferragut, buscando ansioso
Refrigerio y descanso en la onda clara.
El yelmo, en que su sed á calmar iba,
Le arrancó la corriente de la mano,
Y por cogerlo se esforzaba en vano.
De la hermosa doncella fugitiva
Oyendo en tanto el lastimero acento,
Viene á tierra, la mira y, al momento,
Bien que la ve de espanto muda y fria,

De Angélica la bella
 Recordando la antigua nombradía,
 Reconoce que Angélica es aquella.
 Y, fogoso y cortes cual caballero,
 El apoyo le ofrece
 De su brazo y su acero;
 Y, en busca de Reinaldo, que aparece
 Por entre la maleza,
 Presto y audaz sus pasos endereza.

Ni era este el primer día
 Que uno contra otro su valor media.
 Ambos á pié, con sus pujantes brazos
 Vibran el hierro; y cotas, y broqueles,
 Rotos ó hendidos, vuelan en pedazos.

Miéntras golpes crueles
 Se dan los dos guerreros por la dama,
 Con el férreo acicate
 Ella el ardor de su caballo inflama
 Y huye los combatientes y el combate.

Largo rato ya hacia
 Que, con pujanza igual, con igual suerte,
 Uno y otro guerrero combatía,
 Cuando la fuga de la dama advierte
 El paladin de Montalban, que, lleno
 De amor y de ira, dice al Sarraceno:
 « Si tú de la hermosura
 « Que yo adoro también estás prendado,
 « Nada habremos logrado
 « Con proseguir nuestra contienda dura.
 « ¿Qué ganarás si tu furor me mata?
 « ¿Serás por eso dueño de la ingrata
 « Cuya fuga uno y otro deploramos?
 « No; mejor es que el bosque recorramos;
 « Que sigamos su huella,
 « Y, ántes que mas se aleje, detenella.
 « Detenida, el acero en noble empeño
 « Decidirá quien ha de ser su dueño.
 « De otro modo, á los dos, si no me engaño,



Angélica huye el combate. (T. I, p. 4.)

« Tras de la lucha nos aguarda daño. »

Acepta el moro y cesa la contienda.

Su odio al instante olvida;

A Reinaldo, que estaba à pié, convida

A montar en su grupa, y por la senda

Éntranse que tomó su cara prenda.

¡ Gran nobleza de antiguos caballeros !

En fe contrarios, en amor rivales,

De esgrimir acababan sus aceros

Y aun de la lid llevaban las señales;

Y por malezas, por vereda estrecha,

Iban luego sin miedo ni sospecha.

Por sus cuatro acicates à porfia

El fogoso bridon estimulado,

A los héroes bien pronto hubo llevado

A do la senda en dos se dividía.

No osando decidirse por ninguna,

Pues mostraban las dos recientes huellas,

Se entrega cada cual à su fortuna

Y se pone à correr por una dellas.

Mil vueltas dando por el bosque umbrío,

Vuelve el moro à encontrarse junto al río.

De topar con la dama la esperanza

Viendo al fin que es forzoso que abandone,

A recrobar el yelmo se dispone.

Por las ondas avanza,

Llega à tocarlo; pero ve con pena

Que arrancarlo no puede de la arena.

Y de un roble yetusto

Tronchando luego un vástago robusto

Con él, ora con fuerza, ora con arte,

La arena mueve de una y otra parte.

Del fondo en esto sale un caballero

Armado todo de fulgente acero

En su derecha mano

El yelmo ostenta, que buscara en vano

El feroz musulman; y, en voz severa,

Es fama que le habló de esta manera:

« Hombre sin fe y sin honra, ¿porqué insisto
 « Tu temerario empeño
 « En recobrar la prenda de que dueño
 « Volverme á hacer ha tiempo prometiste?
 « Argalia soy, á quien, al dar la muerte,
 « Sus armas ofreciste echar al rio.
 « No te turbes, infiel, porque la suerte
 « Hoy me hace recobrar lo que fué mio.
 « Turbarte solo debes
 « De que á tus pactos á faltar te atreves.
 « Si aspiras á tener un yelmo fino,
 « Ganarlo puedes con honor. Disponte
 « A quitar á Reinaldo el de Mambrino;
 « A Orlando arranca el que ganó de Almonte;
 « Cualquiera de estos tu valor conquiste,
 « Y deja el que dejarme me ofreciste. »

A la súbita vista de la sombra
 Que alza del agua la cerviz sañuda,
 El musulman se asombra;
 Se le eriza el cabello; el color muda;
 En sus fauces se anuda
 La voz que va á salir; y, cuando advierte
 Que es Argalia, y su acento reconoce,
 La ira del pecho por los ojos vierte.

Quiere hablar y excusarse, aunque conoce
 Que á tan justo reproche no hay excusa;
 Mas la vergüenza su coraje anima,
 Y jura por Lanfusa
 Que de sus sienas otro yelmo encima
 Jamas pondrá que aquel que, en Aspromonte,
 Arrancó Orlando al valeroso Almonte.

Y de este juramento
 Fué con efecto mas que del pasado
 Puntual y religioso el cumplimiento.

Así, inquieto, angustiado,
 Muchos dias la pista
 Del guerrero de Amon busca y rebusca.
 De este jóven gallardo,

Que lo busca tambien, ante la vista
 Pasa en esto Bayardo
 Cruzando el bosque con carrera brusca.

« Para, » grita el guerrero,
 « Para, oh mi fiel y antiguo compañero. »
 Mas, sordo el animal, su curso sigue
 Y alcanzarlo Reinaldo no consigue.

Llena la dama de mortal congoja,
 Por desiertos y selvas corre en tanto;
 Al ruido de una hoja
 Por el viento mecida
 Vuelve, llena de espanto,
 Hácia otro lado á su corcel la brida.
 Do quier que mira, en fin, del que aborrece
 Ver la terrible imágen le parece.

Cual corza, que á su madre espirar viera
 Entre las garras de feroz pantera,
 De selva en selva corre,
 Y, sin que nada aquel recuerdo borre,
 Al menor ruido que á su lado siente,
 Piensa escuchar el rechinante diente;
 Tal, la doncella hermosa,
 Toda la noche y todo el sol siguiendo
 Huyendo va la imágen que la acosa.

Así vagando, llega
 A frondoso verjel, por cuyo suelo
 Su corriente despliega
 Y entre guijas deslízase y murmura
 Un límpido arroyuelo
 Que eterna allí mantiene la verdura.

Creyéndose segura,
 Y léjos de Reinaldo ya cien millas,
 La fatigada Angélica reposo
 Va á buscar en sus plácidas orillas.
 Suelto, el corcel la yerba rumia ansioso,
 Y la sed que le aflige
 Hácia el arroyo en breve le dirige.

De aquel sitio no lejos

Entre jazmin y rosas hay un poyo,
Al cual sirven de espejos
Los lípidos cristales del arroyo.
Sobre su fresca y matizada alfombra,
Hojosos ramos, esparciendo sombra,
Aquel recinto ocultan
Y en soledad perpetua lo sepultan.
Un fresco lecho de mullida grama
Dentro se ve que á decansar convida.

En él la bella dama,
Reclinándose, quédase dormida;
Mas un rumor en breve la desvela;
Alzase con cautela,
Y ve sobre la orilla

Un caballero en quien la cota brilla.
Si es enemigo ó si es amigo ignora;
Esperanza y temor á un tiempo tiene:
Así, tranquila mora

Y en su garganta el hálito contiene.
A la ribera, que aumentar pretende
Sin duda con las lágrimas que llora,
El afligido paladin descende.
Inmóvil mas de una hora

Se queda en ademan contemplativo,
Y alzando en fin el rostro pensativo,
En voz que hasta las peñas ablandara,
Y piedad inspirara

De Hircania ó Libia á la mas cruda fiera,
Empieza á razonar de esta manera:

« ¿A qué tanto afligirte, ¡ó alma mia!
« De que otro mas feliz el fruto coge
« Por el cual suspirabas noche y dia?
« No tanto este recuerdo te acongoje;
« Pues no vale esa infame
« El llanto que en su obsequio se derrame.
« La virgen á la rosa se parece
« Que, al lado de la espina protectora,
« En seguro verjel tranquila crece:

« Radiante con las perlas que derrama
« En su cáliz la aurora,
« Los aires embalsama,
« Y en las alas del céfiro se mece:
« El ganado, el pastor, el agua, el trueno
« Respetan su beldad, y con sus galas
« Ceñir su sien ó decorar su seno
« Ambicionan zagales y zagalas.
« Mas del vástago verde,
« Que la vido nacer, no bien cortada,
« Su pompa toda pierde
« Y al suelo viene mustia y deshojada.
« Así la dama que la flor que debe
« Tener en mas aprecio que la vida,
« A un hombre da, por los demas en breve
« Despreciada se ve y escarnecida.
« Sí; desprécianla todos; á esa infame
« Solo quien goza sus favores ame.
« ¡Oh fortuna cruel, cuál, ah, me aquejas!
« ¿Así morir en soledad me dejas,
« Mientras otro mi dicha me arrebató?
« Su perfidia me mata
« Y olvidarla no puede el alma mia.
« ¡Yo olvidarla! Primero
« Que tal suceda, de la luz del dia
« Verme privado para siempre quiero.»
¿Quién es el caballero,
Se me dirá, que de este modo llora?
Es el rey de Circasia, Sacripante,
Que en India oyendo que al señor de Anglante
Siguió á Francia la dama á quien adora,
En pos della voló lleno de fuego
A ocaso desde el reino de la aurora.
En Francia sabe luego
Que Carlos, por temor de una contienda,
Al duque de Baviera la encomienda,
En premio prometiéndola al que mate
Mas mora gente en el primer combate.